

LA UNIDAD CATÓLICA,

ÓRGANO

DE LAS ASOCIACIONES DE CATÓLICOS DE LAS BALEARES,

BAJO LA DIRECCION DE

D. JOSÉ MARÍA QUADRADO.

Sabemos desde ahora que se intentará negarlo; conocemos todo el interés que habrá en aparentar desconocerlo; pero ante Dios y ante la patria aseguramos que esta es la verdad.

IDEM.

Esta Asociación no solamente esquivada sino que rechaza todo cuanto pueda dar ni aun sombra de pretesto para que se la confunda con ningún partido político.

MANIFIESTO DE LA CENTRAL DE MADRID.

LEY FUNDAMENTAL DE LAS NACIONES.

ARTÍCULO VI.

POR QUÉ SOLO PUEDE SERLO EL CATOLICISMO.

El siglo en que vivimos, por mas que parezca una paradoja, busca la unidad y anhela marchar á paso firme por la senda del progreso. Si estas son las aspiraciones de nuestra época, si todos sus esfuerzos se enderezan á cimentar el presente y el porvenir en la profunda paz de un comun pensamiento y á rodear de luz al espíritu humano para salvar el verdadero progreso, en vano se agitarán nuestros sabios improvisados para buscar fuera de la Iglesia católica lo que tanto apetecen; pues solo á la sombra del catolicismo, que es la universalidad por la unidad y como el punto de partida de toda idea justa, de toda idea benéfica y de todo legítimo adelanto, puede encontrarse la tan deseada paz para el individuo, para la familia y para la sociedad. Por eso la Iglesia católica es la única religion que puede ser aceptada como primera ley fundamental de las naciones, porque al abrir los caminos del legítimo progreso conserva la unidad y evita la division que acarrea á los pueblos su muerte.

Aunque en filosofía, en política, en letras y en ciencias todo el trabajo del siglo XIX, su mision y su necesidad sea llegar á la unidad, aunque la pretendan los que por medio del análisis quieren encontrar el principio consti-

tuyente y fundamental de una ciencia ó de una idea, aunque la deseen los que se adhieren á filosofías trascendentales, aunque la busquen los que apelan al sufragio universal ó á un sufragio mas limitado y los que proclaman el estado uno é indivisible, aunque toda esa actividad y todas esas teorías políticas, desde la mas lata democracia bien entendida hasta la mas pura monarquía, tiendan á reconstruir en el hombre y en la sociedad la vida moral, sin embargo los medios que se adopten no serán siempre los mejores ni los mas adecuados, porque si la unidad ha de ser la primera necesidad social, unicamente en el catolicismo puede encontrarse la salvacion de la sociedad por medio de la unidad.

La religion católica no es otra cosa que la realizacion y la conservacion de la unidad, en la que el divino Salvador hizo consistir toda la virtud y eficacia de su celestial mision. Ella en verdad no se propone ni tiene otro objeto que cumplir esta última voluntad de su autor, espresada poco antes de ser clavado en el madero santo, desde donde habia de atraer hácia sí todas las cosas. El catolicismo nació formando ya iglesia, esto es, una sociedad perfecta con sus doctrinas necesarias y fundamentales, con su gerarquía, con su poder, con su autoridad. Cuantas veces consideremos atentamente su naturaleza social, cuantas veces le contemplemos en su larga carrera de diez y nueve siglos, se presentará siempre á nuestra vista tan refulgente como el sol y tan

firme como las columnas del cielo, entre los escombros de esas escuelas filosóficas que el descrédito y la veleidad arrojan en el polvo del olvido. Y es porque siendo un elemento esencialmente unitivo y prodigiosamente conservador, representa en todo tiempo la *autoridad* y la *verdad*, sin cuyos dos principios de orden social es ingobernable toda sociedad.

¿Qué ha dicho y qué dice el catolicismo? *Unidad*, dice, en las cosas necesarias, *in necessariis unitas*; es decir, que todos profesemos una misma doctrina, y que no haya cisma ni division en lo tocante al dogma católico; que todos creamos en la caída de nuestro primer padre y en la redención del humano linaje por el Verbo hecho hombre, en la divinidad de las santas escrituras, y en la de Jesucristo que vino al mundo, fundó la Iglesia á costa de su sangre y eligió á uno de entre sus apóstoles para que confirmase en la fé á sus hermanos. *In necessariis unitas*; esto es, que creamos en todas las verdades reveladas por Dios que nos enseña nuestra madre la Iglesia, columna y fundamento de toda verdad. Sin embargo el catolicismo quiere libertad en las cosas dudosas ó controvertibles; *in dubiis libertas*; y quiere tambien que haya en todo caridad, *in omnibus charitas*. Caridad en Dios, caridad con la Iglesia, caridad con el prójimo, caridad con las personas, tolerancia con las opiniones, reconciliación con los adversarios, en todo caridad; *in omnibus charitas*. Así se unen en la Iglesia católica los entendimientos por medio de la fé, y los corazones por medio de la caridad.

En esta unidad se encuentra el secreto de la vida inmortal de la Iglesia y el principio de la vida social de las naciones. La unidad de fé y de culto da á estas tanta fuerza, que al sobrevenirles algun contratiempo hallarán siempre en su privilegiada organización elementos suficientes para salvar todos los peligros, si á los individuos les une un mismo principio religioso. ¿Quién es capaz de comprender lo que puede hacer una nación que se postra ante un mismo altar, que asiste á un mismo sacrificio, que reza un mismo símbolo, que participa de unos mismos sacramentos,

que confía en unas mismas oraciones, que obedece á unos mismos pastores, que respeta á un mismo padre en Dios, y que ama á una misma madre en la Iglesia? Ante estos símbolos y sentimientos de unidad, desaparecen del todo ó pierden mucho de su fuerza los motivos de disension y discordia que no dejan de presentarse con frecuencia, aun en los pueblos mas sabiamente constituidos. Una nación podrá encontrarse agitada por contiendas fratricidas, dividida políticamente en bandos, desvirtuadas sus leyes, en oposición los intereses públicos y privados, el poder sin prestigio y los súbditos sin virtudes; pero aun rodeada de esas tribulaciones, que son muchas y graves, todavía habrá remedio para ellas si esa nación goza del inapreciable beneficio de la unidad que el catolicismo proclama. Bajo la dirección de este saludable principio habrá ya un punto de partida, desde donde todos podrán comenzar á marchar; habrá una lengua que todos entiendan, y un interés que todos acepten. Todos los dias estamos viendo cuan intrincado es el laberinto en que se hallan los reinos, que envueltos en discordias civiles no cuentan con un principio unánimemente aceptado y aceptable. Al abrigo de la unidad religiosa se desarrolló de un modo portentoso la civilización europea, hasta que el protestantismo vino á detener sus conquistas y sus progresos; y como desde tan infausta época se observa un lastimoso retroceso en los intereses morales y una notable decadencia en los materiales, no dejan de ser muy fundados los serios temores que inspira á todo hombre pensador la situación de la Europa moderna por alejarse cada dia mas de la unidad religiosa.

Para que la religion católica sea la primera ley fundamental de las sociedades, no basta que conserve la unidad; es necesario además que rodeando de luz al espíritu humano, le deje espedita la senda del verdadero progreso. Si por una parte ha de dar vida á las naciones con la fuerza de su unidad, por otra ha de impulsarlas con su influencia benéfica en la carrera del progreso y de la legítima civilización. Desgraciadamente los modernos in-

crédulos, ingratos para con el catolicismo á quien deben sus propias luces, cierran sus ojos á la evidencia de los hechos, negándole los elementos sociales que representa, y limitándole todo lo mas á una idea individual, como cualquiera de las que el hombre aprende y realiza. La magnífica trasformacion que ha obrado en la sociedad tanto pública como doméstica, influyendo en el mejoramiento de las leyes políticas y sociales, es el mayor testimonio de que al catolicismo es debida la perfeccion á que hoy se halla elevado el género humano, perfeccion que jamás pudieron imaginar los sabios de la antigüedad pagana.

Una sociedad puede mantenerse y conservarse, ó por los auxilios materiales estraños á su íntima constitucion, ó por los principios de orden que encierra en su misma naturaleza. En el primer caso, sin vida propia y asociada para subsistir á elementos exteriores, no podrá prometerse una existencia duradera ni una historia tranquila; será como un enfermo bien cubierto de ropa, ó como un moribundo que apenas tiene accion. No será así la nacion que tenga vida propia, la cual debe buscarse en el orden de las relaciones que unen entre sí á hombres y hombres, á familias y familias y á pueblos y pueblos, formando de todas estas partes y de sus intereses é ideas un solo cuerpo, una sola sociedad.

Es tan necesaria la preexistencia de los principios de orden para que pueda haber sociedad, como es necesaria la sociedad para los principios de orden. Ambas cosas, orden y sociedad, se hallan tan íntimamente enlazadas, como el alma y el cuerpo en el hombre, y como la materia y la forma en los artefactos. Se equivocan grandemente los que creen que la sociedad es un convenio voluntario que han hecho los hombres para unirse dándose leyes de orden. La sociedad ó es nada, ó es el estado que se forma para la conservacion de las supremas leyes de orden, que subsisten independientemente de la voluntad humana y anteriormente á todo convenio y á toda forma de sociedad. El hombre antes de pertenecer á una nacion ó á un pais, está ya obligado á amar á Dios que es su Criador, y al prójimo

que es su hermano. Este doble amor es el primer principio de la humana sociabilidad; es el primer paso en la carrera del progreso humano, su continuacion y su perfeccionamiento. La influencia del catolicismo en el progreso de la sociedad está demostrada en el solo hecho de significarse en ese doble amor, y dar por este medio á las naciones el primer elemento de vida y de conservacion.

Lo primero que en el estado social y fuera del estado social hay que enseñar al hombre, es su origen y su obligacion natural de dependencia respecto de su Criador. Este es el primer eslabon de la gran cadena social, es la mayor y principal de las dependencias, es el amor á nuestro Padre comun, sin cuyo amor no se concibe ningun otro amor para con nuestros hermanos. Quitar á Dios de la sociedad seria destruir la sociedad en sus mismas bases. El catolicismo para precaver este mal, poniendo al hombre en relaciones con Dios, en relaciones de dependencia y de amor, le hace concebir una idea de la grandeza del Criador y de la pequenez de la criatura; y al ahogar el orgullo humano, prepara el corazon para que amando á Dios ame tambien al prójimo por Dios, de quien todos somos hijos. Así vemos que la caridad es el primer elemento social, como son las primeras virtudes sociales la abnegacion y el sacrificio, que para sí mismo se reserva el verdadero fiel. De este modo el catolicismo forma el legítimo estado social con el santo precepto de amar á Dios sobre todas las cosas y al prójimo como á nosotros mismos. O hay que proscribir todas las ideas de virtud, justicia y probidad que hasta ahora ha respetado el mundo; ó hay que conceder que el catolicismo, mejorando al hombre y uniéndole á sus semejantes, uniéndonos á todos á Dios, nos eleva á la altura en que hoy se halla la sociedad cristiana y realiza por este medio el mayor y mas legítimo progreso.

Es tal sin embargo el abuso que se hace hoy de la palabra *progreso*, que al ver los desconciertos de sus mas entusiasmados amantes, nos hemos convencido de que ni siquiera entienden su significado. Sabido es, y por des-

gracia lo estamos experimentando todos los días, que á título de adelantar se pretende constituir á los pueblos sin creencias religiosas, sin legislación divina y al abrigo de unos códigos puramente humanos en sustitución del Evangelio, único código civilizador. En vano se agitarán esos pobrísimos legisladores en buscar nuevos elementos de vida para la sociedad y en confeccionar constituciones ateas para desterrar la ley de Dios de los países católicos; porque al fin aquellas mueren en manos de sus mismos autores, que también desaparecen del teatro en que representan sus trágicas escenas; mientras que el catolicismo, manteniéndose impávido en los peligros, triunfando de sus enemigos y contando sus trofeos por sus persecuciones, sobrevivirá siempre á todas las instituciones políticas, para testificar á las generaciones presentes y venideras que él es la única religión que puede hacer felices á las naciones.

Ibiza—SEBASTIAN VIVES, PRO.

GLORIAS HISPANO-CATÓLICAS.

PELAYO EN COVADONGA.

II.

Al través de la vaga oscuridad que envuelve al insigne libertador, cuanto mas indecisas sus formas, mas colosales aparecen sus dimensiones; y hecha abstracción de su origen y controvertida historia, figura como la personificación de todo un pueblo, que en el momento de caer aniquilado, se levanta mas que nunca vigoroso. Su elevación, cual la de ciertos picos culminantes, va en aumento con la distancia: su gloria personal ha crecido con las glorias de sus herederos, como las misteriosas fuentes de un río, que recogiendo nuevos caudales á cada paso, llevan engrandecida á lejanos países su escasa corriente y su nombre antes ignorado. En vano la mas esquisita diligencia pretenderá sorprender en el seno de los bosques, al través de la oscuridad de los siglos, la formación de la nueva monarquía española, y prestarle todo el aparato de grandeza, la trascendencia de miras, el marcado y personal carácter, que solo desarrollaron los tiempos posteriores; en vano también una crítica temeraria pre-

tenderá desvanecer en los aires, cual la de un fantasma, la existencia de Pelayo, acreditada por los mismos que experimentaron la fuerza de su brazo victorioso (1). Juzgando de los hechos por lo que en sí fueron, y no por la inmensidad de sus progresivos resultados; ¿qué extraño parecerá que en medio de la confusión general, de la ambición y codicia de los emires, de las sangrientas discordias de los dominadores, pasase mal atajada y casi des-

(1) No hay hecho mas repetido ni mejor comprobado en las historias árabes que el levantamiento de Pelayo. El mas antiguo que lo menciona es el historiador cordobés Abu Bekker Mohammad ben Al-cutiva ó hijo de la Goda, por descender en línea recta de Sarāh, hija de Almato y nieta del rey Witiza, y lo refiere en esta forma: «Durante el gobierno de Ambisa un bárbaro despreciable, á quien decían Belay, se alzó en la tierra de los Gallegos, y despues de echar en cara á sus paisanos su cobardía y la ignominiosa dependencia en que vivian, los alentó á vengar las pasadas injurias y á echar del territorio de sus abuelos á los musulimes. Entonces empezó una encarnizada lucha que aun dura en nuestros tiempos, y los cristianos comenzaron á pelear con los fieles y á combatirlos desde los puntos que quedaron por suyos; á defender por último sus esposas y sus hijas, pues hasta entonces no habian hecho esfuerzo alguno para salvarlas de las garras de los musulimes. No habia en la tierra de los Gallegos ciudad, villa ni aldea que no estuviese ocupada por los fieles ó que no reconociese su soberanía, esceptuando una sierra áspera y escabrosa, en la cual se metió Belay con un puñado de aventureros que seguian sus banderas. Allí permaneció algun tiempo oculto en las fragosidades del monte, hasta que vió morir de hambre á la mayor parte de sus compañeros y quedarse estos reducidos á solo treinta hombres y diez mujeres, por no tener mas alimento que la miel recogida en las cavidades de la montaña en que vivian, cual si fuera un enjambre de abejas. Belay empero y los pocos que le quedaron se fueron poco á poco guareciendo y fortificando en los desfiladeros y gargantas de aquella sierra, hasta tanto que llegada la noticia á oídos de los musulimes, trataron estos de desalojarle de aquella posición. Mas como viesan el corto número de los rebeldes, despreciaron los consejos de los que pedian su pronto estérminio, diciendo: «¿qué significan treinta bárbaros encastillados sobre una roca? muerte inevitable les espera.» Pero no fué así, sino que por lo contrario fueron poco á poco creciendo en número y fuerza. ¡Ojalá hubiesen los fieles apagado de una vez las leves centellas de un fuego, que ha llegado á ser con el tiempo llama devoradora y alarmante!»

En la misma forma cuenta el hecho el cordobés Aben Hayyan con referencia al famoso Ar-rāzi ó Rasis, añadiendo que Pelayo murió en el año 133 de la Egira (750 á 751) despues de diez y nueve años de reinado, sucediéndole su hijo Fáfila que reinó dos; y Aben Jaldon, historiador africano del siglo XIV, concuerda con él en las citadas fechas, llamando además á Pelayo hijo de Favila. Un anónimo citado por Almakkarí, á cuyo distinguido traductor el Sr. Gayangos debemos estos interesantes fragmentos, dice: «que el primero que en España se rebeló contra los árabes fué un bárbaro llamado Pelayo, de la gente de Asturias en Galicia, el cual durante el gobierno de Alhorr se escapó de Córdoba donde le guardaban en rehenes para seguridad de que sus paisanos se mantendrian tranquilos y obedientes, y se metió en los montes de su país natal.» Es de notar que los escritores árabes nunca llaman á Pelayo el *kuti* (el godo) como al rey Rodrigo y sobre todo á Teodomiro, sino el *rumi* (romano), nombre con que designaban á veces á los griegos del Bajo Imperio, y á veces también á los asturianos, gallegos y castellanos, distinguiéndolos de los que llamaban *afrañj* ó francos y *baxcans* ó vascones, que formaron mas tarde los reinos de Aragon y Navarra.

apercibida la insurrección de un caudillo aventurero en un rincón de las montañas? que las derrotas allí sufridas por los musulmanes se confundieran y eclipsaran con las más terribles que padecieron en sus campañas más allá del Pirineo? ¿que á los abatidos mozárabes llegara vagamente y harto sofocado el clamor de guerra de sus libres hermanos de Asturias? que Isidoro de Beja, único cronista contemporáneo, omitiera en sus incompletos anales, y hasta cierto punto tal vez ignorara la proclamación y los triunfos de Pelayo en las remotas breñas del norte, llamando su atención más de cerca el estado tributario que en el mediodía sostuvieron por medio de alianzas y vasallajes Teodomiro y Atanagildo, en quienes acaso cifraban los venecidos cristianos su postrer esperanza (2)? Y sin embargo, en el sur eran los tibios reflejos del astro que espiraba, en el norte los vivos albores del astro que amanecía.

Saludáronlo con alborozo los Astures y los refugiados, y su primer destello fué una espléndida victoria. Para sofocar el levantamiento, que ya no alcanzaban á reprimir las fuerzas de Munuza, pe-

(2) De este silencio, ciertamente lamentable, del Pacense han echado mano algunos para negar ó poner en duda la existencia de Pelayo, como si una prueba negativa bastase para destruir tantas otras afirmativas. En la turbación de los tiempos, en la distancia de los lugares, en la escasa importancia que al principio debió darse al levantamiento de Asturias en el mediodía de España, halláramos bastante explicación á dicho silencio, aun cuando el mismo Pacense no se refiriera en su crónica á menudo á otra obra que dejó escrita, al parecer más detallada y titulada *Epítome de los tiempos*, en la que pudo relatar este y otros hechos que por demasiado sabidos, como dice, omitió en aquella. Y aun la citada crónica habla de la insurrección de los cristianos de los Pirineos en términos bien aplicables á los de Asturias, si bien contrayéndose á la expedición de Abdelmelic en 734, que tuvo tantos puntos de contacto con el desastre de Covadonga: «*Ad pugnam victoriam statim à Corduba exiliens (Abdilmelic) cum omni manu publica subvertere nititur Pyrenaica inhabitantium juga, et expeditionem per loca dirigens angusta, nihil prosperum gessit. Convictus de Dei potentia, à quo christiani tandem perpauci montium pinnacula retinentes præstolabant misericordiam, et devia amplius hinc inde cum manu valida appetens loca, multis suis bellatoribus perditis, sese recipit in plana repatriando per devia (cap. 60).*»

No faltan autores que para conciliar ambos extremos, á saber, la omisión del Pacense con la existencia de Pelayo, retrasan la proclamación de este hasta después del 754, año en que terminó aquel su historia, confirmando su opinión con la autoridad del Albeldense, quien dice haberse verificado el alzamiento de Asturias reinando en Córdoba Jucef, que gobernó por los años de 746 á 56. Esta indicación, opuesta no solo á la cronología de las historias y documentos más antiguos, sino á la del propio Albeldense, es evidentemente errónea; y extrañamos que á trueque de mantenerla no hayan reparado en trastornar todas las fechas y duración de los reinados Pellicer, Mondejar, Masdeu y el juicioso anotador de Mariana. Masdeu introdujo la novedad de contar á Pelayo por rey tercero á continuación de Teodomiro y Atanagildo, como si estos le hubiesen transmitido la corona que no tenían. Marca llegó á persuadirse que Pelayo y Teodomiro eran un mismo personaje.

netra en Asturias, enviado por el emir sarraceno (3), su lugarteniente Alkaman con ejército formidable; traspasa la erizada barrera de los montes Erbasios, y sin hallar otros obstáculos en su camino que la aspereza de las breñas y la angostura de los barrancos, tuerce en dirección á levante, donde se repliegan más en número y más osados los insurgentes, á desalojarlos de sus últimas guaridas. Puéblase de rumor de armas los ecos de los valles, y cual sordo y prolongado trueno avanza el estrépito de la hueste en marcha, amenazando muerte y esterminio. A la salida de Cánicas (hoy Cangas de Onís) preséntase un desfiladero más estrecho y selvático que ningún otro: empréndelo el infiel, y la mano de Dios le ciega para no ver el horror creciente de la senda y el peligro de sus gentes acorraladas. A cada revuelta parecen cerrarse los montes á sus espaldas, como fauces que engullen su presa. Andadas aun no dos leguas, trunca el paso una tajada gigantesca roca, en cuyo seno y á notable altura, sobre la cascada que á su pié brota, ábrese una anchurosa cueva, donde refugiados cual halcones en su nido aparecen Pelayo y un puñado de valientes, cuantos permite la capacidad del recinto. Cueva de Sta. María la apellidan los más antiguos relatos, y tal vez algún pobre ermitaño ya de antes veneraba allí en ruda efigie á la Madre del Salvador; y su advocación sagrada, antes que homenaje de la victoria, fué un título de piadosa esperanza para escoger aquel asilo (4).

Vuelven aquí las crónicas á vestir de imaginarios

(3) Sobre quién fuese á la sazón este emir hay notable variedad entre los historiadores. El Silense, D. Rodrigo y D. Lucas dicen lo era Taric, sin advertir que jamás mandó este en Córdoba y que en 713 había salido ya de la península para no volver; el obispo Sebastián no espresa que Alkaman fuese enviado á Asturias por Taric, sino que había venido con este á España. Dejando asimismo á un lado el manifiesto anacronismo del Albeldense en afirmar que á esta sazón reinaba en Córdoba Jucef, los mismos escritores árabes discrepan en fijar la época del alzamiento de Pelayo. El Azdi citado por el orientalista Borbon dice que fué en el año 97 de la Egira (715 á 716), y añade que Pelayo se concertó con Abdelasis; Abu Bequer ben Al-culiyá lo pone durante el gobierno de Ambisa que duró desde agosto de 721 hasta mediados del 725; otro lo refiere á la primera venida de Ocbá á España del 736 al 38; y otros finalmente con mayor probabilidad al gobierno de Alhaor de 717 á 719, fecha que se aviene con la cronología de nuestros más antiguos historiadores y con los diez y nueve años de reinado que atribuyen al restaurador poniendo su fin en 737.

(4) Así parece indicarlo Sebastián de Salamanca, y Morales cita á este propósito una tradición de los naturales, según la cual queriendo Pelayo poco antes de su levantamiento sacar de la cueva á un malhechor que se había refugiado á ella como á sagrado, desistió de hacerlo á ruegos de un ermitaño, que le representó proféticamente que tal vez un día tendría él necesidad de acogerse al amparo de aquel santo lugar.

adornos y detalles la sencilla y vaga grandeza del suceso; y de entre las filas sarracenas hacen adelantarse á Opas el apóstata prelado, dos veces traidor á su Dios y á su patria, á quien suponen venido con los infieles para lograr mejor con sus cautelosas palabras y ejemplo la reduccion de Pelayo. Frente á frente la perfidia con el heroísmo, y levantando la voz hácia la gruta, «¿pensais, le dice, resistir cercados en ese escondrijo al vencedor de la España entera, y defenderos mejor que el pujante imperio que acaba de derribar? Déjate de esa loca presuntuosidad, y acomodándote discretamente á los tiempos, baja á gozar de la paz que te ofrece su clemencia, y de los honores y bienes que te serán restituidos.—Ni quiero la amistad de estos paganos, ni doblaré á su yugo el cuello, respondió con tranquila firmeza el leal caudillo. La Iglesia de Cristo padece sus menguas á semejanza de la luna, pero recobra como ella la plenitud de su esplendor; y confiados en aquel Dios que visita en su furor á los pueblos delincuentes sin apartar de ellos su misericordia, nos prometemos que en este montecillo ha de empezar á obrarse la salud de España y la restauracion del pueblo godo. Mira tú si nos espanta esa muchedumbre, y si trocaremos en cobarde miedo nuestras inmortales esperanzas.» Vuelto entonces á los sarracenos el infame negociador, «a pues, acometed, pelead, les grita despechado, que solamente el filo de la espada hará entrar en razon á estos insensatos, ni hay con ellos otro vínculo de alianza.» Y al momento las máquinas se asestan, prepáranse las hondas, blándense las picas, resplandecen los aceros, y dispáranse nubes de saetas (5).

Lo que entonces sucedió, ni el entusiasmo y fé de los vencedores ni el terror de los vencidos les permitió verlo apenas, cuanto menos relatarlo. Apañados en la honda cañada los musulmanes y embrazándose con su propio número é inútil caballería, acribillados de frente por los incesantes tiros que vomitaba la cueva barriendo su prolongada columna, asediados por los flancos y por la espalda de enemigos invisibles que desde las alturas hacian

(5) Aunque tenemos por mas que inverosímil la ida de Opas á Asturias en compañía del ejército musulman, y hasta puede sospecharse que no llevó su traicion tan adelante como nuestros cronistas suponen, puesto que segun el Pacense huyó de Toledo á la aproximacion de Muza, trascribimos casi literalmente del antiguo cronicón de Sebastian, como espresion dramática de los sentimientos de aquellos personajes, la escena y el diálogo precedente, que amplificado cada vez mas por D. Rodrigo y D. Lucas y despues por Mariana, ha perdido mucho de su primitiva ingenuidad y noble templanza.

rodar al fondo enormes troncos y peñascos, todo fué confusion y matanza. parecia que sus impotentes dardos rebotando contra la peña ó desviados por una fuerza sobrenatural se volvian contra ellos mismos, que los montes se derrumbaban sobre sus cabezas, que se hundia bajo sus piés el suelo; y la salvaje gritería y el estruendo de las rocas y el retumbar de los ecos y el bramido de la catarata sofocaban el fragor mismo de la pelea. Estrecha sepultura á millares sin cuento de ismaelitas, aplastados bajo su losa la mayor parte, ofreció el valle de Covadonga, y estrecho cauce fué á su sangre aquel hoy tan límpido riachuelo: allí quedó Alcaman sin vida, y cautivo el traidor Opas; pero el ángel exterminador de los infieles no estaba satisfecho todavía. Un numeroso cuerpo de fugitivos, que logró doblar la áspera cumbre del Auseva, dirigiábase hácia los bosques de Liévana por las quebradas de Amosa, cuando al llegar á las orillas del Deva frente á la heredad de Casegadia, tiembla de repente, vacila el ribazo, y desgajándose de sus cimientos con fracaso horrible, hunde en el rio ó entre sus escombros la hueste entera semiviva; y huesos y armas fueron apareciendo durante algunos siglos en las riberas al retirarse las crecientes invernales. ¿Fué prodigio del cielo, ó eventual cataclismo de la naturaleza? ¿fué terremoto, ó violenta tempestad, ó el peso mismo de tantos miles de soldados, el que precipitó en su caída al peñon acaso desde tiempo antes socavado? Absurdo fuera impugnar por tales dudas y por la exagerada pérdida de los sarracenos, que nuestras crónicas elevan casi á la cifra de doscientos mil, la verdad sustancial de un hecho cuya grandeza arguyen las mismas ponderaciones; puesto que desconfiando de referirlo dignamente la memoria llamó en su auxilio á la fantasía, ni supo explicarlo de otra manera que por singulares prodigios de aquel en cuya mano están sin duda las leyes de universo, pero que sin necesidad de trastornarlas fortalece y debilita segun le place, y en quien son tan eficaces y asombrosas las suaves y ordinarias disposiciones de su providencia como los fenómenos mas sorprendentes de su poderío (6).

(6) Si hemos de creer al obispo Sebastian, á quien sigue el monge de Silos, no bajaron de 124,000 los sarracenos que murieron en el valle de Covadonga, y de 63,000 los que perecieron aplastados á orillas del Deva. El Tudense se contenta con reducir á 20,000 el número de los primeros y á 60,000 el de los segundos; el de estos no lo fija D. Rodrigo, conformándose con el de aquellos. De Opas solo sabemos por Sebastian que fué hecho prisionero; Mariana conjetura que fué castigado con el merecido suplicio: del conde D. Julian y de los dos hijos de Witiza dicen los otros cronistas que el rey de los moros ó Muza les dió muerte en

A la salida de la milagrosa cueva, desde la cual se lanzaron con ímpetu los fieles á completar el desórden y la matanza del enemigo, hay un sitio que los naturales aun apellidan de *Re-Pelayo*, y una legua mas abajo en el mismo valle junto á Soto hay otro que llaman el campo de la *Jura*. Uno mismo fué el teatro de la victoria y el de la proclamacion del insigne caudillo, ora se repute esta anterior á aquella, ora mas probablemente como resultado y premio de la misma; su real corona fué tejida de laureles, su trono fué el escudo sobre el cual en hombros levantáronle los soldados. Así la dignidad monárquica retrocedia á lo que en su origen habia sido entre las naciones septentrionales, un mando militar en el cual se refundian las atribuciones de gefe y de soberano, templado por el carácter patriarcal que las circunstancias del pais y del tiempo le imprimian. Sobre aquella agreste y belicosa sencillez reflejaban su brillo sin embargo los fastuosos recuerdos del imperio godo, del cual ya desde entonces el naciente reino se conceptuaba heredero y restaurador: sobre ella reflejábanse luminosas las esperanzas de un porvenir, hácia el cual se andaba con seguro paso, sin calcular siquiera con los ojos su distancia. Unidas de esta suerte con original enlace la juventud y fuerza de un poder nuevo con el prestigio augusto de un poder antiguo, la espontaneidad del derecho electivo todavía arraigado entre los godos con cierta hereditaria autoridad que á Pelayo comunicaba su regia alcurnia, la unidad del gobierno con la libertad de los gobernados, la sobriedad presente con la futura grandeza, el tradicional aparato de corte con el entusiasmo y vida de un campamento, formóse una monarquía robusta, popular, paternal y guerrera á un mismo tiempo, elevada sobre el nivel de las feudales usurpaciones y de las tormentas revolucionarias, que al través de doce siglos ha mantenido, sin interrupcion apenas, el sello de esta combinacion afortunada. Clases y razas, niveladas por el infortunio, doblaron la rodilla y en acto de juramento tendieron la diestra en torno del pavés que á Pelayo sustentaba; y este universal y voluntario homenaje á que todos concurrían, romanos, godos, indígenas, inauguraba la creacion de un poder nacional, sin exclusivismo ni violencia, brotado natu-

Córdoba, achacándoles la culpa de la catástrofe y suponiéndolos de inteligencia con los insurgentes. Algunos de los escritores árabes hacen mencion espresa del destrozo de Covadonga, bien que disminuyendo sus proporciones, y si pudiera darse entera fé á las citas del autor de las *Cartas para ilustrar la historia de la España árabe*, serian en verdad inoables los fragmentos que trascribe.

ralmente del suelo y no importado ya por la conquista: hasta entonces la España no habia tenido sino dueños, en adelante iba á tener monarcas.

J. M. Q.

HIMNO Á SANTIAGO.

Acude, hijo del trueno,

Apóstol español!

Tu nombre es esperanza,

Tu brazo es el de Dios.

A tu voz nuestros padres creyeron,

Inclinóse su frente á la cruz:

Tú las peñas heriste, y bebieron;

Tú brillaste, y siguieron tu luz.

Sólo hoy brilla la luz del incendio,

Solo mana la fuente de error;

Y es de todos los males compendio

El pais que regó tu sudor.

Del hogar, del santuario desierto

Dios emigra; y el ángel de paz

Sobre el fuego del ara ya muerto

Tiende el ala y oculta su faz.

Hiende el aire: dos rayos de gloria

De tu frente á guiarnos saldrán;

Se abrirá para darnos victoria

El mar hondo, y las torres caerán.

Tal te vieron en dia de enojos

Por las nubes pasear tu furor:

Centelleaban tu espada y tus ojos

Cual cometas de reyes terror.

Y sembraste el estrago; y el moro

Cual granizo al abismo cayó,

Y en el cielo con letras de oro

Es ESPAÑA MI REINO se vió.

Julio de 1837.

J. M. Q.

CRÓNICA DEL CONCILIO.

Roma 6 de julio.

Todo el concilio deseaba con impaciencia poner término á una discusion que casi contaba nueve semanas de fecha; pero la mayoría no queria que se le atribuyese abuso alguno, como en el dia 3 de junio cuando interrumpió el discurso de Mons. Maret y dió por terminada la discusion general. Los oradores de la mayoría han comenzado por renunciar sucesivamente la palabra, declarando que los últimos discursos de los Ilmos. Sres. Martin de Paderborn, Mermillod de Ginebra, y sobre todo de Payá y Rico obispo de Cuenca no dejaban observacion alguna esencial que hacer.

El resumen hecho por el Sr. Payá y Rico habia sido muy aplaudido. Sin embargo, los Ilmos. Sres. Maret en un discurso muy templado, Meignan, Ramadie y Callot, los cuatro obispos franceses, todavía tomaron la palabra contra la infalibilidad. Mons. Dupanloup, á quien se habia consultado, parecia deseoso de continuar la discusion. Los obispos franceses de la minoría tuvieron consejo, y al sa-

ber que los húngaros, los alemanes y los norte-americanos de la misma opinión renunciarían la palabra, acordaron desistir también.

Al oírse esta declaración, resonó en el aula conciliar un extraordinario grito de alegría. Rendidos de calor y de cansancio, los padres habían asistido aquel día en menor número; pero todos los concurrentes esclamaron: *Deo gratias*.

En la sesión siguiente, se votaron por totalidad los dos primeros capítulos de la constitución del pontificado, y fueron aprobados, habiendo una minoría solo de setenta votos. Ayer se procedió a la votación del capítulo tercero; y la oposición, que se agrupa ahora al rededor del cardenal Guidi, quiso hacer un ensayo de sus fuerzas. En la votación por sentados y levantados, la oposición no llegó a reunir cien votos. Se ha hecho el cálculo de que en los concilios más célebres las oposiciones fueron mucho más considerables. En Efeso, por ejemplo, hubo 198 padres, de ellos 69 en la oposición. En su virtud, contando el actual concilio Vaticano con 750 padres, la oposición, para ser proporcional a la de Efeso, habría de reunir 271 votos.

Falta ahora examinar en la comisión las muchas enmiendas presentadas sobre el capítulo cuarto, y que ascienden nada menos que a 150; pero este trabajo se llevará con bastante actividad, y se espera que las votaciones en congregación general puedan quedar terminadas el día 15, proclamándose el resultado el día 16 fiesta de la virgen del Carmen.

Ya se están haciendo todos los preparativos para dicha solemnidad: la artillería del fuerte de San Angelo y las campanas de todas las iglesias de Roma anunciarán la proclamación del dogma.

Dícese en los salones que Mons. Dupanloup tiene ya escrita su pastoral de sumisión, lo cual no sorprenderá a nadie, pues luchaba únicamente por convicción, y sin esperanza de hacer triunfar sus dudas sobre la oportunidad y sus reservas sobre la fórmula.

Un obispo español que conoce y estima especialmente al ilustre prelado francés, le vió al llegar al concilio, y después de abrazarle afectuosamente le dijo: «No discutamos aquí; nuestros pareceres podrían no estar acordes, pero nuestros corazones latirán siempre unidos. Conozco la grandeza de vuestra alma, vuestra fe, vuestra adhesión, y estoy cierto de antemano de que nos separaremos en perfecta armonía.»

Mons. Dupanloup conmovido y enternecido dió vivísimas gracias al obispo de Salamanca, en quien reconocía un verdadero amigo. Era en efecto el Ilmo. P. Joaquín Lluch, tan buen apreciador de todo lo que es francés, y tan apto para juzgar los escritos del obispo de Orleans; era él quien al recibir a su elocuente visitante en su aposento de *Santa María in Traspontino* le había dirigido esas magníficas y conmovedoras palabras.

El Juéves Santo vimos a Mons. Dupanloup en S. Pedro, inclinándose para recibir la bendición del papa. Su rostro estaba bañado en lágrimas y respiraba una fe admirable. Tal es ese prelado elocuente y animoso, de cuyas opiniones puede no participarse por completo, pero cuya sinceridad y cuyos servicios no pueden desatenderse ni ser olvidados.

¿Qué sucederá ahora? ¿se restablecerá en Europa la paz religiosa antes que la política? Todo lo que sabemos, es que el concilio no ha terminado su obra reformadora; que medita todavía grandes proyectos en favor de la instrucción y de la moralidad de los pueblos, y por consiguiente en favor de la libertad cristiana.

En la congregación general de anteayer, dice una carta de Roma fecha del 12, votóse un importantísimo canon rebatiendo el capítulo III, así como fueron aprobadas las decisiones de la diputación en lo concerniente al capítulo IV, y principalmente la redacción propuesta respecto del mismo punto de la infalibilidad. La sesión de ayer duró de ocho a doce del día.

Hoy termina su obra la diputación, prescindiéndose de la congregación general.

Háblase de una carta apostólica que concedería a los

padres del concilio una licencia de tres meses, permiso general que se hace necesario, porque si todas las solicitudes hubiesen de presentarse a la diputación de excusas, se ocasionarían largos trámites, imponiéndose a los interesados dilaciones intolerables en el exceso de los calores.

No obstante, como V. comprende, esta licencia de tres meses no produciría necesariamente la interrupción. Créese que la mayor parte de los obispos españoles, los de América del Sur y los orientales permanecerán en Roma, y se discutirán las materias que incumben a la cuarta diputación que se ocupa en las mismas y en los asuntos concernientes a los orientales.

En la congregación general del 16 se ha votado sobre las enmiendas propuestas por los *placet juxta modum*. El resultado es que la fórmula de la definición será todavía más firme.

El cardenal presidente ha propuesto una censura solemne de los libelos y correspondencias de los diarios que han calumniado al concilio, y señaladamente de los folletos *Lo que pasa en el concilio* y *La última hora del concilio*. El concilio ha aprobado esta proposición.

La sesión solemne se verificará el lunes 18.

El *Diario oficial* anuncia que el concilio ha tenido el 18 del actual su última sesión preparatoria para la solemne proclamación del *schema* que probablemente se verificará el lunes día de Santiago.

Se ha leído una protesta contra los diarios y folletos que han insultado al concilio.

Se ha procedido a la votación definitiva de la infalibilidad del papa, habiendo alcanzado esta 533 votos contra 2, siendo 90 las abstenciones. Después de lo cual se ha levantado la sesión.

El papa ha concedido permiso a los prelados para que vuelvan por algún tiempo a sus diócesis. Una constitución pontificia anuncia la suspensión del concilio hasta S. Martín (11 de noviembre), y autoriza a los obispos para conferir órdenes *extra tempora*.

El concilio está en sus albores todavía. Puede casi asegurarse que no concluirá en todo el año 71. Los asuntos referentes a la disciplina, y sobre todo acaso los de Oriente que reclaman con imperio grandes reformas, consumirán mucho tiempo.

En *El Memorial Diplomático* hallamos una declaración desmintiendo la evacuación de los Estados-Pontificios por las tropas francesas.

«La posición del gobierno imperial, dice, no ha variado, ni podía tampoco cambiar por el voto de la definición de la infalibilidad pontificia, porque ni tiene carácter político, ni influencia en las relaciones de Francia con la corte de Roma. Por otra parte, como cuerpo político, como nación, es como los Estados-Pontificios han obtenido la protección de nuestra bandera, y la nación romana nada tiene que ver con los actos del concilio que reside en la capital.»

En cuanto a la relación que se quiere establecer entre la guerra con Prusia y la necesidad de la evacuación de los estados de la Iglesia, no nos parece tan bien sentada que no pueda marchar la una sin la otra.

En primer lugar todas las potencias han declarado que guardarán la más rigurosa neutralidad, y la Italia como una de tantas; pero además, si hemos de creer a *La Patrie*, el gabinete de las Tullerías ha recibido del de Florencia amistosas garantías en el conflicto actual.

Lo que por nuestra parte podemos asegurar, es que el gobierno italiano no ha formulado observación alguna respecto de la cuestión romana, que no hay negociaciones entabladas con este motivo, y que por lo tanto las cosas siguen en *statu quo*.